

## LA TEORÍA DE LAS EMOCIONES DE HUME. LECTURA PSICOLÓGICA DEL ÚLTIMO HUMANISTA Y PRIMER POSMODERNO (I)

TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ

*Historia de la Psicología.*

*Psicología de la Emoción.*

*Universidad Pontificia (Salamanca)\**

### RESUMEN:

En este artículo se realiza una lectura psicológica de la obra de uno de los nombres fundamentales de la filosofía: David Hume, precursor del enfoque empirista. De su preocupación psicológica resalta su estudio de las emociones, tipificándolas y analizándolas en clave plenamente humanista y, aun tiempo, coincidente con los enfoques cognitivos y constructivistas de la posmodernidad. El recorrido efectuado abarca los tipos de pasiones (directas e indirectas), así como las condiciones necesarias o auxiliares para que se produzcan.

### SUMMARY

In this article I carry out a psychological reading of the work of one of the fundamental philosopherst David Hume, one of the greatest exponents of empiricism. The most remarkable aspect of his psychological concern is his study of emotions, which he classifies and analyses from a fully humanistic point of view, being, at the same time, in agreement with the cognitive and constructivist approaches of postmodernity. The study covers different kinds of passions (both

---

\* Dirección de trabajo: Facultad de Psicología. Universidad Pontificia. C/ Compañía, nº 5. Salamanca 37008.

direct and indirect), as well as the necessary and subsidiary conditions for them to exist.

## 1 CONSIDERACIONES SOBRE LA OBRA Y EL AUTOR.

Que un psicólogo actual se ocupe de David Hume puede parecer anacrónico o, cuando menos, sorprendente. Sin embargo, amén de ser un evidente pionero del empirismo moderno y del positivismo científico, es un autor plenamente joven en cuanto al contenido psicológico de sus escritos. No olvidemos que inaugura un camino antimetafísico en temas tan relevantes como la psicología y la moral y que se acerca al hombre real tratando de comprender sus auténticas motivaciones y la dinámica de su comportamiento y decisiones en clave psicológica. Se ha resaltado su psicologismo, en un tono a mi parecer descalificatorio, cual si centrar la filosofía sobre el eje de la *naturaleza humana* supusiera un demérito o un descentramiento para la propia filosofía. Hume ha sido tildado por uno de sus principales exegetas, Carlos Mellizo, como 'el último humanista', dada su decidida apuesta por una clarificación y ayuda al discurrir cotidiano del hombre:

«Se esté o no se esté de acuerdo con su visión del mundo, debe registrarse que ésta estuvo siempre dirigida, en último término, a procurar una solución práctica y una línea de comportamiento al servicio de la comunidad humana» (C. Mellizo, 1976, p.6).

Desde la profana psicología, una brisa de renovación asalta al lector cuando atisba entre los tres ejes transversales que traza Mellizo en Hume (el filosófico-especulativo, el histórico-sociológico y el moral-religioso), un valioso cuarto eje psicológico-emocional, que traspasa no sólo el *Tratado sobre la naturaleza humana*, y su *Disertación sobre las pasiones*, sino incluso sus obras morales.

Tal vez la preocupación psicológica de Hume tenga que ver con su propio carácter afable, optimista y cariñoso, tal como revela en su propia autobiografía. Motejado por sus analistas y amigos con el apelativo de 'le bon David', se empeñó en la empresa de humanizar la ética descristianizándola. Para ello actúa en su propia vida con las virtudes que pueden lucirse sin necesidad de ser cristiano. Es, pues, contracorriente, un moderno no sólo por su empirismo filosófico, sino por su valentía ejemplarizante al promover valores meramente humanos sin desprenderse del laicismo.

La obra de referencia en la que me voy a centrar para su análisis y valoración es el *Tratado sobre la naturaleza humana*, obra marchita y moribunda desde la imprenta. La pretensión de Hume de componer una base transformadora para la filosofía se vio pronto decepcionada, tal vez por la importancia concedida a las emociones como lo más específicamente humano por encima del poder otorgado a la razón o a la voluntad, ejes del pensamiento y la moral voluntaristas.

De esta obra, más grande que grandiosa, nos concierne el tomo 2, que data de 1739 -hace ahora 260 años que fue escrito, lo cual es digno de subrayarse dada la vigencia y frescura de sus planteamientos-, que aborda enteramente el tema de las emociones. Un pequeño ensayo complementario de éste es la *Disertación sobre las pasiones*, de 1957, de mejor fortuna, donde reproduce y

sintetiza los contenidos del anterior incluso en los mismos términos. Al concluir esta obra se regocija de haber introducido una perspectiva naturalista y empírica en el estudio de un tema tan abstruso como poco seleccionado por los filósofos para su análisis, abandonado a los poetas por irremediablemente íntimo y subjetivo:

«Es suficiente para mis propósitos si he demostrado que, en la producción y conducta de las pasiones, hay un cierto mecanismo regular, que es susceptible de una disquisición exacta, igual que las leyes de la dinámica, óptica, hidrostática o de cualquier otra parte de la filosofía natural» (D. Hume, 1757, p. 153).

Con excepción de pocos autores, la mayoría ha omitido la profundización en estos textos, que a mi juicio esconden interesantísimas sugerencias para la comprensión de un campo de la psicología contemporánea en pleno auge -la motivación y la emoción-. Temas éstos rescatados del oprobio de siglos de psicología racionalista y del divorcio irreconciliable entre el componente mentalista y el componente vitalista del compuesto humano. Hume supera la escisión entre razón y emoción y el derrotismo racionalista de reducir al hombre plural a una cosa pensante de mudos afectos:

«Nada es más usual en la filosofía, y aún en la vida común, que hablar de la lucha entre la pasión y la razón, y darle preferencia a la razón y afirmar que los hombres son sólo virtuosos mientras se conforman a sus dictados (...) Para mostrar la falacia de toda esta filosofía intentaré primero probar que la razón por sí sola jamás puede ser motivo de una acción de la voluntad, y segundo, que jamás puede oponerse a la pasión en la dirección de la voluntad» (D. Hume, 1939, p. 205).

Afirmo con rotundidad que David Hume prelude la psicología moderna en lo referente a la superación del dualismo razón/emoción y que es un autor con el que el cognitivismo y otras corrientes contemporáneas están en deuda.

«La intención de Hume es, sin duda, explicar la compleja vida emocional del género humano con la ayuda de tan pocos principios como sea posible» (F. Copleston, 1973, p. 303).

## 2. CONCEPTO DE PASIÓN.

La noción de pasión que desgrana Hume en estas obras es la de una emoción vehemente y ardorosa. Una fuerza impulsora y una fuente motivacional. Impetu, energía vital, próxima al instinto, inclinación o disposición natural cuya esencia es el sentimiento.

«Oficialmente, usa la palabra «pasión» de manera tan amplia que abarca toda inclinación que pueda suministrar algún motivo para hacer o no algo» (A.G.N. Flew, 1964, p. 237).

Las pasiones o emociones impelen al movimiento, energizan el comportamiento, trazan una dirección o una meta que luego podrá ser corregida o adaptada por los dictámenes de la razón. Al hacer pivotar la conducta sobre las pasiones, Hume califica al hombre como un ser de deseo, movido por resortes

primarios relativamente irrefrenables aunque no ciegos: la consecución del placer y la evitación del dolor. La definición más precisa aportada por Hume es ésta:

«Lo que comúnmente se entiende por pasión es una emoción sensible y violenta del espíritu cuando se nos presenta algún bien o mal o algún objeto que por la estructura originaria de nuestras facultades es adecuado para excitar un apetito» (D. Hume, 1739, p. 240).

## 2.1 TIPOS DE EMOCIONES.

Conocida es la división de Hume entre impresiones de sensación e *impresiones de reflexión*. Las primeras se circunscriben a las sensaciones corporales, mientras que las segundas pueden identificarse con las pasiones, por cuanto son impulsos autopercebidos que revierten sobre el yo. Dependiendo de la intensidad de la emoción autopercebida, Hume distingue entre pasiones *tranquilas* (cuando el impulso es apacible o sereno, por ejemplo: la reacción ante la fealdad o la belleza de las cosas), y pasiones *violentas* (cuando el impulso anega intempestivamente al yo, como un estallido irreprimible). A esta categoría es a la que pertenecen las emociones propiamente dichas, entre las que señala varias.

Cierra la tipología emocional, hablando de pasiones *directas* e *indirectas*. Surgen las primeras de la valoración placer-dolor, impresión hedonista en la que entronca la dimensión ética del bien y el mal. Hume es, en este sentido, un convencido de la yuxtaposición de lo agradable con lo bueno y lo doloroso con lo malo. Dicho de otro modo: el eje de cristalización de la ética se confunde con el eje psicológico de la experiencia de placer o dolor. En el apartado de pasiones directas enumera ocho, de las que luego analiza someramente seis: deseo, aversión, pena, alegría, esperanza y miedo. Omite u olvida el análisis del menosprecio y la seguridad. En todo caso, es manifiesto que, tal como luego hizo su discípulo y amigo Smith, las pasiones directas son juzgadas como primarias, y por ello más simples, primitivas, instintivas incluso, por lo que les otorga siempre una atención menor que a las pasiones indirectas.

Por otra parte, las pasiones indirectas son más sofisticadas y elaboradas por cuanto precisan la combinación de las impresiones hedónicas con ideas o valoraciones mentales sobre el objeto y la causa que las inspira. Son por ello secundarias, no tan prontas o imperiosas como las primarias. Requieren evaluación o valoración sobre las cualidades o defectos del objeto. Introduce con ello Hume el ingrediente cognitivo aunque él lo especifique como influencias de la imaginación, de las valoraciones y de la memoria. Como pasiones indirectas enumera diez -orgullo, humildad, ambición, vanidad, amor, odio, envidia, piedad, malicia, generosidad-, aunque sólo se detendrá con minucia en el orgullo/humildad y en el amor/odio. A este respecto hay que matizar que *Hume tiende a tratar las pasiones no como entidades independientes, sino como dualidades*. Es decir: deseo/aversión, pena/alegría, esperanza/miedo, orgullo/ humildad, amor/odio, envidia/ piedad, son binomios inseparables en los que cada polo resalta bien sea el componente positivo o el negativo de la impresión subjetiva.

GRAFICO 1

O B J E T O	Y O	CAUSA	
		VIRTUD O EXCELENCIA	CARENCIA O DEFECTO
		ORGULLO	HUMILDAD
	CON SE- CU- EN- CIAS	VANIDAD	VERGUEZA
		MENOSPRECIO DE LOS DEMAS	DESEO DE REPARAR EL DAÑO
	O T R O	AMOR	ODIO
	CON SE- CU- EN- CIAS	BENEVOLENCIA	MALICIA
		DISPONIBILIDAD	HOSTILIDAD

### 2.1.1 Pasiones indirectas.

Hume analiza primeramente, tanto en el *Tratado* como en la *Disertación* las pasiones indirectas, siendo mucho más matizada su explicación del orgullo/humildad que de cualquier otro binomio.

En las pasiones indirectas discrimina entre objeto y causa. *Objeto* es, al igual que como se entiende en la psicología contemporánea donde se habla de psicología de las relaciones de objeto, o de 'objeto psíquico'...- la persona o cosa sobre la que recae la emoción, su destinatario directo e inmediato, pudiendo ser éste tanto el yo como otra persona o cosa ajena al yo, tanto real como imaginario, tanto racionalmente justificado como irracional. *Causa* es la evaluación -valoración o atribución- que se hace sobre las cualidades o defectos del objeto. *Orgullo/humildad*, amor/odio, son resultado de la singular combinación de objeto y causa, con resultados emocionales y motivacionales claros. Hume define el primer binomio de este modo:

«el orgullo consiste en una determinada satisfacción con nosotros mismos a causa de algún talento o posesión de que disfrutamos; en el lado contrario, la humildad es una insatisfacción con nosotros mismos a causa de algún defecto o debilidad» (D. Hume, 1757, p. 87).

Por contra, en el *amor/odio* el objeto es otra persona, mientras que las causas son las mismas que inspiran el orgullo o la humildad, es decir la evaluación de las cualidades (virtudes) o defectos (vicios) del otro.

Vemos, por tanto, que la apreciación de Hume no sólo es sensata sino

empíricamente fundamentada y observable. De hecho, él se obstina en aducir lo que denomina experimentos confirmatorios en apoyo de su punto de vista. Tan sólo me atrevo a rectificar la sensatez de Hume en un punto, a saber: Hume considera que el orgullo/humildad son emociones puras -inmediatas-, que no tienen consecuencias motivacionales o actitudinales específicas, mientras que el amor/odio sí las tendrían. Pues bien, es incuestionable que acierta en lo segundo, dado que enlazados al amor/odio están deseos o acciones positivas: benevolencia y disponibilidad, o negativos: malicia y hostilidad. Sin embargo, en lo referente al orgullo/humildad también existen aunque Hume no las relaciona explícitamente. La vanidad y el menosprecio de los demás son las consecuencias motivacionales y actitudinales del orgullo, como la vergüenza y el deseo de reparación del defecto lo son de la humildad. Hume lo expresa poéticamente:

«El amor es seguido siempre de un deseo de felicidad de la persona amada y una aversión hacia su miseria, del mismo modo que el odio produce un deseo de miseria de la persona odiada y una aversión hacia su felicidad» (D. Hume, 1757, p.125).

El siguiente cuadro puede ser clarificador:

GRAFICO 2

	ACONTECIMIENTO CIERTO	ACONTECIMIENTO INCIERTO	CONSECUENCIAS MOTIVACIONALES
CUALIDAD POSITIVA	ALEGRÍA	ESPERANZA	DESEO
CUALIDAD NEGATIVA	TRISTEZA	MIEDO	AVERSION

El tándem *envidia/desprecio* es despertado por la comparación entre las cualidades o defectos del otro y las cualidades o defectos propios. Es interesante y sutil el análisis de Hume a este respecto, pues para que pueda presentarse la envidia o el desprecio es necesario que exista un elemento de proximidad o de semejanza entre el otro y el yo que sustente la comparación. La virtud ajena empequeñece la propia sólo cuando puede establecerse alguna conexión o relación entre el otro y el yo. Cuando existe una gran distancia o una gran desproporción entre el otro y el yo y, por consiguiente, no puede darse rivalidad o comparación alguna, la envidia se transforma en admiración y el desprecio en piedad.

«... en lo que concierne a la envidia que surge de la superioridad de los demás, no es la desproporción entre nosotros y los otros la que la produce, sino, por el contrario, nuestra proximidad (...), una gran despro-

porción suprime la relación, y o nos impide compararnos con lo que es remoto a nosotros o disminuye los efectos de la comparación» (D. Hume, 1739, p. 155).

«Un cierto grado de pobreza produce desprecio; pero un grado que va más allá causa compasión y buena voluntad» (D. Hume, 1739, p. 168)

Donde Hume habla de comparación por proximidad, parentesco o semejanza, cabe hablar en términos más psicológicos de rivalidad o competitividad. La envidia o el desprecio afloran siempre que el otro, por contraste con el yo, puede minimizar o aumentar relativamente el autoconcepto. Así pues:

- Evaluación de beneficio respecto al otro sentido como semejante y comparable al yo: *Desprecio*.
- Evaluación de beneficio respecto al otro sentido como muy inferior y muy distante al yo: *Piedad o compasión*
- Evaluación de perjuicio respecto al otro sentido como semejante y comparable al yo: *Envidia*.
- Evaluación de perjuicio respecto al otro sentido como muy superior y muy alejado del yo: *Admiración*

### 2.1.2. Pasiones directas.

Recordamos que Hume incluye en esta categoría pena/alegría, esperanza/miedo, deseo/aversión. Corregimos en este punto a Hume, dado que el deseo y la aversión son más que emociones propiamente dichas, consecuencias actitudinales de las emociones anteriores. Es decir, si la bondad o maldad de los objetos depende del placer o dolor que nos provocan, aquellos objetos que nos causan placer suscitarán o alegría -si el placer es cierto- o esperanza -si el placer es probable pero incierto-, o bien pena -si el dolor es cierto- o miedo -si el dolor es probable pero incierto-. En correspondencia con ello, el deseo o la aversión no son, a nuestro entender, nada más que las consecuencias naturales del placer obtenido o esperado o del dolor padecido o temido. El deseo se correspondería con la motivación o actitud de acercamiento apetitivo hacia la causa del placer, como la aversión se relaciona con la motivación o actitud evitativa hacia la causa del dolor.

La alegría/tristeza y la esperanza/miedo tienen una relación directa con la *experiencia previa* sobre las cosas, así como sobre la *certidumbre* o incertidumbre del placer o del daño que provocan. Hume lo aclara perfectamente:

«Cuando un bien es cierto o probable produce alegría. Cuando un mal se halla en la misma situación surge tristeza o pena.

«Cuando un bien o un mal es incierto da lugar al miedo o la esperanza, según los grados de incertidumbre de un lado o de otro» (D. Hume, 1739, p. 242-243).

En la *Disertación* señala el carácter dinámico y fluctuante de estas pasiones. A medida que aumenta la probabilidad del placer o del dolor, la esperanza y el miedo se van trocando imperceptiblemente en alegría o miedo. El cuadro ilustra la secuencia:

## 2.2. CONDICIONES NECESARIAS Y COADYUVANTES DE LAS PASIONES.

Puesto que las pasiones son, como hemos dicho, resultado de impresiones de reflexión, mediatizadas por factores cognitivos o evaluativos sobre los objetos externos o sobre el propio yo, y, como también anticipaba Hume, existe un propósito de clarificar de forma positiva y empírica qué son y cuándo se producen, así como las relaciones causales necesarias que tienen con sus factores provocantes, hemos de puntualizar cuáles son las condiciones o requisitos necesarios para cada una de ellas. Tiene en esto Hume una actitud ostensiblemente científica y parsimoniosa, tratando de transformar lo inefable y subjetivo del mundo emocional en un proceso susceptible de análisis, clasificación, comparación y discriminación, tareas básicas de la actividad científico-natural.

### 2.2.1. PASIONES INDIRECTAS.

#### A. Orgullo - Humildad.

A.1 *Conexión o relación de posesión y pertenencia entre el yo y la causa del orgullo o humildad* (virtud, cualidad, logro, meta conseguida o sus contrarios). Al hilo de Hume, el sentimiento de propiedad sobre el objeto o cualidad es el requisito más importante dado que otorga al propietario la disponibilidad sobre el mismo o la libertad para manipularlo o transformarlo a su antojo.

La relación de la causa con el yo es el requisito primordial, si bien Hume admite que dicha relación no ha de ser íntima y bastar con que sea poseída o relacionada con alguien ligado estrechamente al yo. Ello permite que podamos sentirnos orgullosos de poseer una casa bella o humillados por vivir en una chavola, pero también orgullosos del premio otorgado a un pariente o humillados por tener un familiar en presidio.

Hay que destacar que *la relación de pertenencia puede ser bidireccional*, es decir: podemos sentir orgullo o humildad por algo bueno o malo que nos pertenece o que se relaciona con nosotros, pero también sentir orgullo o humildad por pertenecer a algo dotado de excelentes cualidades o grandes defectos. Por ejemplo, orgullo de ser súbditos de una nación que ha recibido un reconocimiento honorífico, o humildad por pertenecer a un club deportivo que ha perdido un campeonato.

En este sentido, corregimos ligeramente el planteamiento de Hume, sustituyendo la relación de pertenencia por la de *implicación*.

A.2. *Capacidad para provocar placer directa o indirectamente* (orgullo) o *para producir vergüenza o humillación* (humildad).

El dinero o las riquezas son motivo de orgullo y su carencia de humildad, no por su facultad de dar placer por sí mismas, sino por permitir el acceso a cosas placenteras.

A.3. *Evidencia y reconocimiento unánimes sobre las cualidades o defectos asociados con el yo*. Es importante que la comunidad o contexto cultural al que pertenece el sujeto avale como virtud o defecto un rasgo, cualidad o característica, para que el yo pueda experimentar orgullo o humildad.

Davidson (1980) y Taylor (1981) puntualizan que este requisito subrayado por Hume no es siempre necesario, pues en ocasiones el público reconocimiento invalidaría el orgullo, donde su mérito estriba en la capacidad de ocultamiento o de disimulo. Tal es así, por ejemplo, cuando un alumno copia en un examen, o cuando un asesino comete un crimen perfecto. El orgullo depende del éxito en ocultar o fingir, y se trocaría en disimulo si fuera descubierto.

Ciertamente que existen virtudes o defectos universalmente reconocidos, tales como la belleza, la fuerza o la nobleza -entre las cualidades-, y la fealdad, la crueldad o la torpeza -entre los defectos-, y que por ser valores éticos, culturales o estéticos transculturalmente reconocidos provocan automáticamente orgullo o humildad, pero también hemos de reconocer que, por ejemplo, la delgadez sólo provoca orgullo en el mundo occidental dominado por una común cultura estética, pero tal vez humildad en el mundo árabe regido por una estética diferente.

A.4. *La originalidad, rareza o novedad del mérito o del defecto.* Sólo lo que distingue o destaca al yo en un sentido positivo o negativo puede convertirse en causa de orgullo o humildad, dado que se produce implícitamente por comparación con las virtudes o los defectos de los demás. Presumimos más de aquello que gozamos en exclusiva o que señala un privilegio al alcance de una exigua minoría, que de lo vulgar accesible a todos. Nadie se enorgullece de poseer un coche, dado que mucha gente lo tiene, salvo que el coche sea un modelo especialmente caro, novedoso o con un diseño originalísimo.

«... es notable que bienes que son comunes al género humano y mediante el hábito nos han llegado a ser familiares nos producen sólo una pequeña satisfacción, aunque quizá de una especie más excelente que aquellos a los que por su rareza atribuimos un valor mucho más alto» (D. Hume, 1739, p. 31).

Otros criterios o requisitos que acrecientan el orgullo o la humildad y que podemos considerar como *condiciones coadyuvantes* o auxiliares son:

- La *Deseabilidad* o indeseabilidad del rasgo o cualidad o defecto en cuestión, en tanto que eso aumenta el agrado o desagrado potencial que causa, y esto tanto por su atractivo o repulsión intrínsecos o porque la sociedad le otorgue artificialmente dicho atractivo o repulsión.

- La *responsabilidad* o autoría, dado que no todo lo que nos causa placer o deleite provoca nuestro orgullo, tan sólo aquello de lo que nos sentimos artífices o responsables directos. No nos sentimos orgullosos de una fiesta, pese a divertirnos en ella, salvo que seamos sus anfitriones, observa Hume.

- La *patencia* u ostensión de una cosa, por lo que cuanto más evidente o conocido sea el defecto o la cualidad, tanto más humildad u orgullo provocará. Nadie se vanagloria por una cualidad que pasa desapercibida a los demás. Nadie se avergüenza hasta que su defecto no es captado por otros. Alega Hume que la vanidad o el orgullo son emociones vulnerables porque están impregnadas de subjetivismo, parcialidad e interés, por eso se necesita del reconocimiento ajeno para certificar nuestra apreciación subjetiva. Hasta que los demás nos alaban no corroboramos la razón del orgullo, hasta que los demás no nos critican no estamos seguros de que lo que consideramos un defecto lo sea realmente:

«De ahí el gran deseo de fama del que toda la humanidad está

poseída. Buscan el aplauso de los otros para asentar y confirmar su favorable opinión sobre sí mismos y no por ninguna pasión original (...) las opiniones favorables de la gente son consideradas sólo como apoyos o como refrendos de nuestra propia opinión (...) El elogio no nos proporciona demasiado placer a menos que coincida con nuestra propia opinión y nos alabe por aquellas cualidades en las que destacamos de modo principal» (D. Hume, 1757, p. 113-115).

De ahí, que sea harto comprobable cómo la admiración o envidia de los demás aumentan el orgullo, así como la indiferencia o el desprecio de los demás aumentan la humildad. Podría establecerse el aforismo de que uno no es realmente propietario de algo hasta que los demás lo saben. Y el refrendo de su opinión, halagüeña o despectiva, es lo que transforma la posesión en motivo de valoración o de ocultamiento.

- El *prestigio* del referente: Merecer el aprecio o aplauso de alguien significativo para el yo, muy idealizado o encumbrado, incrementa el orgullo. Recibir una crítica por su parte eleva la vergüenza o la humildad. En cambio, ser halagados o criticados por alguien carente de prestigio o indiferente para el yo, apenas tiene efecto alguno positivo o negativo sobre la autoevaluación.

- La antigüedad o *perdurabilidad* de la conquista o logro, o del defecto o vicio los hace indiscutiblemente nuestros. Es obvio también que no nos enorgullecemos de las riquezas obtenidas por el azar de la lotería, sino de las conquistadas con esfuerzo o mérito, como tampoco nos sentimos humillados por lo que nos roban, sino por lo que perdemos por imprevisión o mala administración de los bienes. El tiempo juega un papel importante en la evaluación subjetiva del orgullo o humildad, pues lo fugaz no repercute sino fugazmente en el yo y no lo transforma de manera persistente. Lo azaroso, accidental, fortuito o breve, no puede sino rozar al yo con su beneficio o perjuicio.

### B. Amor - Odio.

Hume traspasa las causas y condiciones del orgullo y la humildad al amor/ odio, pues entre aquéllas y éstas emociones sólo cambia el objeto al que se dirigen, siendo en las primeras el yo y en las segundas otra persona distinta del yo. Hume se limita a agregar algunas condiciones adicionales:

B.1 *La deseabilidad o indeseabilidad del objeto*. En virtud de esta condición, existiría una disposición natural a amar lo virtuoso y odiar lo defectuoso.

B.2 *La familiaridad o proximidad* a nosotros de la persona poseedora de la cualidad o defecto. Tiene en esto razón, ya que no amamos u odiamos a desconocidos o remotos por muy dignos de amor u odio que sean, a lo sumo experimentamos una vaga admiración o desprecio por ellos en función de sus cualidades o defectos; sólo cuando sus virtudes o defectos nos conciernen o nos son accesibles directamente es cuando experimentamos amor u odio efusivos.

Apunta Hume una curiosa divergencia: podemos enorgullecernos o amar a otras personas a causa de sus méritos o logros, siempre que sean próximas a nosotros y mantengan una relación de intimidad con el yo, pero en cambio no amamos a, ni nos enorgullecemos de otras personas, a causa de nuestros propios méritos o logros. Hume explica esta unilateralidad aduciendo que, debido

demás como prolongación o parte de nosotros mismos, pero en contrapartida, tendemos a atribuirnos en exclusiva y autorreferencialmente las consecuciones positivas, manteniendo una delimitación muy marcada de las fronteras del yo.

«... no amamos a aquellos que están relacionados con nosotros a causa de nuestros propios méritos» (D. Hume, 1757, p. 131).

B.3. *El efecto causado sobre nuestra autoestima.* En conexión con el narcisismo mencionado anteriormente, Hume constata que -sin ser una condición esencial, pero sí una condición adicional- la aprobación o desaprobación que los demás hacen de nuestra propia persona, alienta el amor o el odio respectivamente. Es decir: si el otro nos enaltece o nos halaga, nos favorece o mejora de alguna forma, tendemos a amarle; si nos vitupera o cuestiona, tendemos a odiarle. La eficacia, pues, en el apuntalamiento del valor o del disvalor del yo es decisiva en la disposición a amar u odiar al otro.

Es plenamente contemporánea la idea lanzada de Hume, dado que la psicología actual concibe el amor como una respuesta al sentimiento de bienestar, placer o seguridad que nos depara otra persona, y el odio como una respuesta al malestar, dolor o amenaza que nos inflige otra persona.

B.4. *La intencionalidad o propósito del otro.* Cuando el placer o dolor que nos causa el otro es fortuito o inintencionado, podemos experimentar simpatía o frustración, pero sólo cuando existe en su actuación un propósito deliberado de beneficiarnos o perjudicarnos se despierta el amor o el odio.

El amor y el odio son emociones que tienen un fin o meta motivacionales y actitudinales. Esto es: engendran determinadas predisposiciones favorables o desfavorables respecto al objeto, que también pueden derivar en otras emociones. Así, por ejemplo, el amor causa benevolencia, simpatía y compasión, en tanto que el odio causa malicia, animadversión u hostilidad, y agresividad.

«Las pasiones del amor y el odio van siempre seguidas por benevolencia y cólera, o mejor enlazadas con ellas (...). no se hallan completas en sí mismas ni permanecen en la emoción que producen, sino que llevan el espíritu a algo más allá de ellas» (D. Hume, 1739, p. 139).

También en esto Hume es plenamente contemporáneo, pues las admitidas hoy en día como emociones primarias son aquellas que inducen motivaciones actitudinales y conductuales precisas. Por ejemplo, el odio impulsa el llamado complejo AHI: Agresividad (componente conductual), Hostilidad (componente cognitivo), Ira (componente emocional).

### C. La envidia - desprecio.

No agrega nada nuevo Hume en cuanto a sus condiciones elicitoras, que no se haya señalado ya en el apartado 2.1. de este trabajo.

## 2.2.2. PASIONES DIRECTAS.

### A. Alegría - tristeza.

Las condiciones que sin demasiada sistematización, Hume esparce y que

podemos fijar son las siguientes:

- *La certidumbre e inminencia del placer o dolor*, del beneficio o del daño, provoca de manera inmediata y espontánea las reacciones de alegría o tristeza que, al ser directas, obedecen ciegamente a impulsos instintivos de regocijo o pesar, sin mediar apenas evaluación cognitiva sobre el objeto o la causa. De hecho, en ocasiones la emoción experimentada no se corresponde proporcionalmente con la evaluación racional sobre el motivo.

- *El conocimiento previo o la experiencia*. Claramente la experiencia previa o el aprendizaje sobre la bondad o maldad de algo inclinan al sujeto de manera natural a reaccionar con alegría o pesadumbre.

Curiosamente, Hume, tan sagaz en general, soslaya una condición esencial que es la *configuración de personalidad* que posea el sujeto, entendiendo ésta como conjunto de pautas relativamente estables de reacción. Por ejemplo, una personalidad depresiva va a ser propensa a la tristeza, de igual forma que una personalidad optimista y confiada va a estar inclinada a la alegría.

b/ Esperanza - miedo.

Glosamos aquí las condiciones capturadas entre líneas:

- *La previsión o expectativa*. Siendo la esperanza y el miedo emociones proposicionales, como señala Hansberg (1996), basadas en la incertidumbre sobre los acontecimientos futuros, el factor decisivo será el tipo de previsión positiva o negativa que el sujeto realice.

- *La imaginación*. La experiencia humana confirma reideteradamente el poder transformador y distorsionador de la imaginación, que agranda o empequeñece las cosas, así como sus posibles daños o beneficios, riesgos o fortuna. Muchos de los miedos o esperanzas se edifican sobre fantasmas y construcciones enteramente mentales, carentes de objetividad o concreción, lo cual no aminora sus propiedades entusiasmantes o intimidantes.

- *La controlabilidad*. Si el sujeto se percibe a sí mismo como teniendo capacidad de afrontamiento eficaz, eso aumenta su tolerancia a lo incierto, pero si se percibe con escasos recursos, toda novedad o sorpresa le espantará porque crecerá su sentimiento de indefensión o de inoperancia sobre la realidad. Por norma general, el desconocimiento, la novedad o la cualidad de inesperado del suceso incrementan la ansiedad e inseguridad y con ellas el temor o el miedo. La capacidad de adaptación a lo novedoso, incorporándolo a la persona decidirá que la sorpresa se experimente como agradable o como desagradable.

### 3. BIBLIOGRAFÍA.

- Abbagnano, N. (1955). *Historia de la Filosofía*. vol. 2. Barcelona: Montaner y Simón.
- Ayer, A.J. (1980). *Hume*. Madrid: Alianza.
- Copleston, F (1973). *Historia de la Filosofía*. vol. V: *De Hobbes a Hume*. Barcelona: Ariel.
- Chóliz Montañés, M. (1995). Expresión facial de las emociones, en E.G. Fernández Abascal (coord): *Manual de motivación y emoción*, Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.

- Deleuze, G. (1976). Hume. en F. Châtelet: *Historia de la filosofía*, vol. II. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ferrater Mora, J. (1979). *Diccionario de Filosofía*. vol. 2, Madrid Alianza. 6ª reimpresión.
- Flew, A.G.N. (1964). Hume, en D.J. O'Connor: *Historia crítica de la filosofía occidental*, vol. IV. *El empirismo inglés*, 1982. (1ª reimpresión)
- García Barrón, J.C. (1985). *Empirismo e Ilustración inglesa: de Hobbes a Hume* Madrid: Cincel.
- Hansberg, O. (1989). Emociones y creencias, en *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XV, nº 2.
- Hansberg, O. (1996). *La diversidad de las emociones*. México: FCE.
- Hirschberger, J. (1963). *Historia de la Filosofía*, vol. II. Barcelona. Herder. 10ª edición.
- Hume, D. (1739). *Tratado de la naturaleza humana*, vol. II. Madrid. Espasa-Calpe, 1923.
- Hume, D. (1757). *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*. Madrid: Antropos, 1990.
- Hume, D. (1776). *Mi vida. Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*. Madrid: Alianza. Edición de 1985.
- Larroyo, F. (1985). Introducción y análisis a D. Hume: *Tratado de la naturaleza humana*, México: Porrúa. 2ª ed.
- Mellizo, C. (1976). David Hume, hoy en *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 1976, pp. 5-32.
- Ortony, A., Clore, G.L., Collins, A. (1988). *La estructura cognitiva de las emociones*, Madrid: Siglo XX.
- Sanz Santacruz, V. (1991). *Historia de la Filosofía moderna*, Pamplona: Universidad de Navarra.
- Viqueira, (1923). *Prólogo al Tratado de la Naturaleza Humana*, ed. Espasa-Calpe.